

18. SENCILLEZ

Capítulo 18 de la publicación 'interna' del Opus Dei: Vivir en Cristo

Iba Jesús camino de Galilea. Ya habían comenzado los primeros su proselitismo. Felipe debió de acordarse de Natanael, y en cuanto tuvo ocasión le habló del Señor: *ven, y lo verás. Vio Jesús venir hacia sí a Natanael, y dijo de él: he aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez ni engaño* 1. Produce siempre un íntimo sentimiento de agrado encontrar una persona llana, sin pliegues, sencilla, que conquista enseguida nuestra confianza. La sencillez es una gran virtud. Quizá aún sin reparar bien en las alabanzas que el Señor le prodiga en el Evangelio, la hemos entendido siempre como una virtud profundamente cristiana.

Más tarde, la hemos visto brillar como un diamante en ese conjunto de virtudes que exige el espíritu del Opus Dei. Porque la formación que se nos da, tiende a simplificar nuestra vida interior, a evitar, que seamos interiormente complicados, retorcidos, enmarañados. Nos lo ha dicho el Padre muchas veces: ***nuestra ascética tiene la sencillez del Evangelio. La complicaríamos si fuéramos complicados, si dejásemos el corazón oscuro, si no fuese absoluta nuestra sinceridad.***

La Obra nos da los medios prácticos para vivir aquel consejo del libro de la sabiduría: *sentid del Señor con entrañas de bondad, y con sencillez de corazón buscadle* 2. La sabiduría, la sinceridad y la sencillez, andan siempre de la mano en los caminos que llevan a Dios.

La sencillez es una pieza importante en el edificio sobrenatural de la santidad. ***Me has escrito: «La sencillez es como la sal de la per-***

(1) *Ioann.* I, 46-47;

(2) *Sap.* I, 1;

fección. Y es lo que a mí me falta. Quiero lograrla, con la ayuda de El y de usted».

-Ni la de El ni la mía te faltará. -Pon los medios 3.

LA VIRTUD DE LA SENCILLEZ

Para poner los medios, conviene entender antes qué cosa sea la sencillez y la raíz de donde proviene.

Lo que es la astucia con respecto a la prudencia -dice Santo Tomás-, son el dolo y el fraude con respecto a la sencillez. El dolo o fraude se ordena principalmente a engañar, y alguna vez, secundariamente, a dañar. De donde pertenece directamente a la sencillez evitar el engaño. Y según esto, como ya se ha dicho más arriba 4, la virtud de la sencillez es la misma que la de la veracidad, pero difiere en lo referente a la intención: porque hay veracidad cuando los signos concuerdan con lo signado; en tanto que hay sencillez cuando la mente no tiende a cosas diversas, de tal manera que una cosa se quiera por dentro y otra se muestre por fuera 5.

Podría parecer, sin embargo, que si se quiere ser sencillo hay poco menos que salir de este mundo; porque viviendo en él, a algunos se les antoja inevitable acudir al engaño, y usar de la astucia. Pero no es cierto. La persona buena, sencilla, recta, no necesita engañar a nadie -astucia, fraude, dolo- porque no va a hacer mal a nadie; al contrario, busca eficazmente su bien, y esto lo puede hacer con perfecta sencillez. Aún más: por la ignorancia y la pecabilidad de los hombres, ocurrirá algunas veces que, los mismos que reciben los beneficios de la persona sencilla y recta, se convierten en sus enemigos. Tampoco este último caso debe llevar a perder la sencillez: basta la prudencia, para evitar y contrarrestar esos equivocados ataques con que puede verse amenazado.

En cambio, quien no es recto en su intención, quien no busca sobre todo y siempre el bien de Dios y el de las almas, sino que busca sólo su propio bien -falsamente entendido-, por eso mismo encuentra en los demás un obstáculo para sus intereses, un presunto enemigo, una merma de sus posibilidades individuales. Y como nadie estará de acuerdo en servir al egoísmo de otro, el egoísta se verá obligado a engañar, si persiste en sus intenciones. Su prudencia- -la elección de los medios

(3) *Camino*, n. 305;

(4) Cfr. S. *Th.* II-II, q. 109, a. 2 ad 2;

(5) Santo Tomás, S. *Th.* II-II, q. 111, a. 3 ad 2;

empieza a torcerse y se convierte en astucia, porque el fin de esos medios se ha torcido. Tendrá que aparentar, que mentir, para salir adelante entre los demás, a los que él quiere emplear como simples instrumentos de su propio bienestar.

Sólo el que es realmente sencillo puede tener verdadera prudencia, prudencia recta. *Qui ambulat simpliciter, ambulat confidenter* 6: el que camina con sencillez, camina confiadamente, ajeno a la inquietud de la astucia, a la zozobra de ver enemistad por todas partes. La sencillez excluye la astucia -la defensa taimada de nuestros egoísmos-, pero no la prudencia virtuosa, que evita que la sencillez sea demasiado ingenua, candorosa, ineficaz en su amor y en su trabajo por el bien; según aquellas palabras del Señor: *estote ergo prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae* 7, habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas.

EL PELIGRO DE LA COMPLICACIÓN

También ayuda a comprender la naturaleza de la sencillez la consideración de los vicios que más directamente se le oponen: la afectación y la oficiosidad -fruto siempre de un doble juego, más o menos consciente-, la pedantería -por la que uno habla y se escucha a la vez-, los escrúpulos -donde uno quiere ser juez y cosa juzgada al mismo tiempo, con desconfianza en el criterio de los demás-; y siguiendo una escala de mayor gravedad: la ironía, la jactancia, la hipocresía y la mentira.

La misma repulsión natural que todas esas cosas inspiran, muestra ya el valor de la sencillez, a la que se opone no sólo la doblez -ése es el caso más grave- sino toda complicación, cualquier género de rebotica, aun la más superficial, porque todos esos vicios hacen mucho daño a la vida interior. *Abominabile Domino cor pravum, et voluntas eius in iis qui simpliciter ambulant* 8, abominación de Yavé son los de perverso corazón, mas los íntegros de conducta le son gratos. La sencillez, que es integridad, unidad, descomplicación, es consecuencia necesaria de la bondad de corazón: *la propiedad de la estrella es la luz de que está rodeada; y la propiedad del varón piadoso y que teme a Dios es la sencillez y la humildad* 9.

Toda complicación es mala. ***Ese énfasis y ese engolamiento te***

(6) *Prov.* X, 9;

(7) *Matth.* X, 16;

(8) *Prov.* XI, 20;

(9) Hesiquio, *De Temp. et virt.* 1, 82;

sientan mal: se ve que son postizos. -Prueba, al menos, a no emplearlos ni con tu Dios, ni con tu Director, ni con tus hermanos: y habrá, entre ellos y tú, una barrera menos 10. Toda complicación es un sistema defensivo, una línea de protección que el egoísmo nos enseñó a establecer en torno, una barrera hecha de apariencias para salvaguardar los propios intereses. Y aquí hemos entrado ya en la raíz de la sencillez.

INFANCIA ESPIRITUAL

La raíz de la sencillez está en quedarse inerme, indefenso, en romper los cercos, las barreras que nos separan de las amorosas exigencias de Dios, de la obediencia a nuestros Directores, de la fraternidad sin límites que estamos obligados a vivir con nuestros hermanos, de la claridad valiente en el propio conocimiento sin buscar atenuantes. Para llegar a ser sencillos, hay que renunciar a defenderse, hay que dejar de pensar en los propios derechos, hay que olvidarse de sí mismo, y poner la propia suerte en las manos de Dios y en las de los Directores que lo representan; hay que perder la vida, hay que volver a nacer 11, hay que renunciar a estar en manos del propio consejo -perder la libertad, para recuperarla en la identificación con Jesucristo-: hay que hacerse como niños.

Recordamos aquella escena del Evangelio donde el Señor nos invita a vivir la sencillez de los niños. Escribe San Mateo: *se acercaron los discípulos a Jesús y le hicieron esta pregunta: ¿quién será el*

mayor en el reino de los cielos? Y Jesús, llamando a sí a un niño le colocó en medio de ellos y dijo: *en verdad os digo, que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, en la sencillez e inocencia, no entraréis en el reino de los cielos* 12. Y San Jerónimo comenta el pasaje con esta paráfrasis: *como este niño, cuyo ejemplo os propongo..., no piensa una cosa y dice otra distinta, así también vosotros, si no tuvierais tal inocencia y pureza de intención, no podréis entrar en el reino de los cielos* 13.

Hacemos como niños: es todo un programa de vida sobrenatural que Jesús recomendó a Nicodemo, y que el Padre nos pide insistentemente: ***sed piadosos como niños y doctos como teólogos*** - con sinceridad, con sencillez-, ***y veréis cómo vamos bien***. Porque hay dos manifestaciones muy claras de la vida de infancia: la sencillez y la natu-

(10) Camino. n. 47;

(11) Cfr. Ioann. III, 5;

(12) Matth. XVIII, 1-3;

(13) San Jerónimo, *In Ev. Matth. comm.* 3, 17, 3;

ralidad, que son el fruto de habernos desarmado, de obrar cara a Dios, sin ningún otro interés o fin. Delante de Dios somos como somos, no cabe teatro ni apariencia. La sencillez no puede fingirse -ha de venir de dentro-, no es un disfraz ni un pegote; es lo contrario: hacer que no haya diferencia entre dentro y fuera. Quien quisiera mostrar sencillez sin poseerla, llegaría por eso mismo a la complejidad:

RECTITUD DE INTENCIÓN

Es la intención lo que simplifica, esa intención que en el Evangelio viene comparada con la mirada: *si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit* 14; si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado. Si nuestras intenciones son rectas y sencillas, de una sola dirección, toda nuestra vida será una, verdadera y luminosa, en vez de ser doble como la de quienes pretenden servir a dos señores: a Dios y a sí mismos. La sencillez sólo es posible cuando hay lealtad.

Pero del mismo modo que la sencillez se opone no sólo a la doblez, sino a cualquier género de complicación, no es sólo la falta de rectitud de intención lo que quita sencillez, sino también la debilidad de la intención.

La sencillez es una recta intención en el amor de Dios, que ha de prevalecer sobre todos nuestros sentimientos, sobre impresiones y emociones, sobre la confusa y compleja vida de los sentidos. Hace falta que nuestra intención sea recta, pero hace falta además que sea fuerte, que se imponga a las intenciones o deseos naturales de la vida sensitiva, que domine lo turbio y complicado que hay en nosotros, por la fuerza de la caridad, y que ilumine la oscuridad de los sentidos con la luz de la fe. El alma sencilla no tiene complicaciones, y juzga de todo, no según la impresión personal del momento -que introduciría el vaivén, los deseos encontrados-, sino alumbrada por la luz divina, y queriéndolo todo por Dios. Para ser sencillos hay que renunciar a lo amanerado o tocado de afectación, y quizá de modo especial a ese amaneramiento sutil, a esa egoísta falsificación del amor que es el sentimentalismo.

VALOR DE LA SINCERIDAD

Pero, ¿y los medios para alcanzar la sencillez? Hay uno radical: la sinceridad. Contra ella no sirven de nada ni siquiera nuestras propias flaquezas. ***Mira: los Apóstoles, con todas sus miserias patentes e inne-***

(14) Matth. VI, 22;

gables, eran sinceros, sencillos..., transparentes.

Tú también tienes miserias patentes e innegables. -Ojalá no te falte sencillez 15.

Sencillez: sinceridad con los Directores, naturalidad con nuestros hermanos, claridad en el examen, y -como raíz de todo- confianza en Dios.

Sinceridad sin ambajes ni circunloquios; sinceridad salvaje, ruda cuando es preciso, en la dirección espiritual, en el trato con los Directores. Hemos de vivir una sinceridad sencilla, clara, escueta. ***Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí, o no, no; que lo que pasa de esto, de mal principio proviene*** 16.

Una sinceridad que no busque, complicándose, el modo de decir, sino sencillamente lo que hay que decir, esto es, lo que realmente hay. Es condición indispensable para alcanzar la sencillez; nos lo recuerda el Padre: ***niño bobo: el día que ocultes algo de tu alma al Director, has dejado de ser niño, porque habrás perdido la sencillez*** 17. No hemos de tener nunca miedo a que nos conozcan tal como somos, a que sepan las cosas que hacemos tal como las hacemos, como las pensamos y queremos. Renunciar a encubrir, a atenuar, a disimular. Abandonarnos, con ese abandono fraternal que se nos pide en la Obra: ***no ocultéis nada a vuestros Directores. Sed sinceros. Dejaos llevar de la mano, por la obediencia.***

Naturalidad amable y espontánea en la práctica de la fraternidad. Naturalidad propia de hermanos que se quieren, sin confundir la delicadeza con la oficiosidad, ni la mesura con la afectación. ***Llebad siempre con vosotros nuestro espíritu de sencillez.*** Olvido de sí y constante preocupación por los demás.

Autenticidad consigo mismo, transparencia interior: examen bien hecho, ***prevenido contra el demonio mudo*** 18, si dejamos influir por confusos estados de ánimos; con objetividad que remonte la complicación de los sentimientos y las emociones incontroladas.

Confianza suma, familiaridad, filiación divina en el trato con Dios, Nuestro Padre que está en los cielos: amor filial que induce al abandono, que corta de raíz los monólogos interiores -fuente de doblez- sustituyéndolos por el diálogo amoroso del hijo con su Padre; sencillez en el

(15) *Camino*, n. 932;

(16) *Matth.* V, 37;

(17) *Camino*, n. 862;

(18) *Camino*, n. 236;

modo de hacer oración, sin buscar palabras redondas y repintadas; vida de piedad continua: jaculatorias abundantes, dichas con ánimo sencillo, sólida devoción a la Santísima Virgen; mortificación seria de la imaginación y de la memoria.

Los frutos de la sencillez son incontables. Si la sencillez sigue a la rectitud de intención, también produce pureza de corazón, según afirma Santo Tomás: *la sencillez se dice por oposición a la doblez, por la que alguien tiene una cosa en el corazón y exterioriza otra distinta..., la sencillez hace recta la intención, no directamente, porque eso es común a toda virtud: sino excluyendo la doblez, por la que el hombre pretende una cosa y otra distinta aparenta* 19.

La sencillez trae la paz y la alegría al corazón; *porque toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, de haber procedido en este mundo con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios, no con la prudencia de la carne, sino según la gracia de Dios* 20.

(19) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 109, a. 2 ad 4;

(20) II *Cor.* I, 12.

[Volver al índice de Cuadernos 3: Vivir en Cristo](#)
[Volver a Libros silenciados y Documentos internos del Opus Dei](#)
[Ir a la correspondencia del día](#)
[Ir a la página principal](#)